El uno vive en el mundo de los ojos y orejas, el otro en el de las ideas.

Pero como es mas fácil tener ojos y orejas que ideas, es mas fácil tener una persona original que un estilo original.

Al tratarse del orador, se comentan sus ventajas y defectos corporales; mas no sucede así con el escritor.

Si Hortensio se hubiese presentado al público con una barba sucia y desaliñada y una verruga bajo el ojo, los Romanos hubieran soltado la carcajada; pero ¿qué importa que Ciceron tuviese el ceñidor flotante y un garbanzo en la nariz cuando componia sus libros?

La Tribuna es un teatro, la elocuencia un espectáculo, y el orador un cómico; cuando baja el telon, el público lo sigue y lo acom paña con aplausos; lo nombra en alta voz, lo rodea en las calles y plazas de la ciudad, y besa respetuosamente el extremo de su toga. En una palabra es un hombre de exposicion pública, que se amolda en yeso, se funde en bronce, y se coloca en los frontispicios de los templos y museos. Si fallece, se lleva su ataud en hombros al través de una doble fila de gentes y á la luz de mil antorchas; despues se esculpe su nombre en el marmol, y es preciso reconocer que las mas veces no queda del difunto mas recuerdo que este.

Pero ¿quien es ese hombre de frente calva, y algo encorvado, que atraviesa la multitud sin verla ni ser visto? Es Chateaubriand. ¿Quien es ese otro embozado en una capa negra, que pasa lento y que todo el mundo codea? Es Lamennais, que guiña del ojo, roza las paredes y extiende sus manos temiendo tropezar. ¡Dios mio! ¡Qué flacos y pequeños son ambos en la calle! Pero en sus obras tienen diez pies de estatura.

El arte de hablar y escribir no es como la retórica de nuestros padres, un arte sublime pero frívolo, sin mas objeto que el recreo de nobles inteligencias; este arte, en nuestros dias, se ha elevado á la altura de una mision social.

La civilizacion ha cambiado de corriente; la espada ha cesado de ser la soberana y única dominadora de los imperios; la elocuencia y la Prensa someten gradualmente todas las partes de Europa. Los oradores y los escritores son los reyes de la inteligencia, y la inteligencia acabará por dominar al mundo.

CAPITULO II.

Continuacion del mismo asunto.

DIDÁCTICA DEL FOLLETO Y EJEMPLOS.

Escribir y hablar, formas son ambas de elocuencia, si bien diferentes entre si, é idéntico es el fin aunque diversos los procederes.

Permíteme, querido lector, mecerme en los caprichos de mi fantasía y prodigar mis colores : voy á pintar el folleto.

¿ Qué viene á ser el folleto? El folleto es un excelente camarada del libro y del periódico, cuando van ambos á la guerra.

El folleto es el arte de animar el pensamiento, de reflejarlo en prismas que emiten colores mil, de revestirlo de fuerza, de erizarlo de flechas y lanzarlo al combate.

No confundamos empero el folleto con el libelo.

El libelo ataca las personas, las muerde, las despedaza y degüella.

El folleto solo ataca á la vida pública del hombre público, y es ciego y sordo relativamente á la vida privada.

El libelo se ceba en el hombre, el folleto en el abuso.

El libelo pretende saciar su odio, el folleto aspira solo á hacer triunfar la verdad.

No negaré que, en ciertas ocasiones, el libelo, aguijoneado por una ira virtuosa contra los malvados é infames, no haya tenido excelentes efectos; pero lo cierto es que yo siempre he huido semejante arma, tal vez terrible en mis manos, por grande que haya sido mi enojo, ó la agresion de mi ataque, ó mi defensa personal; y si por desgracia, y contra mi deber, me ha sucedido lastimar á cualquiera de mis adversarios en su vida moral y privada, no titubeo en pedirle humildemente perdon.

Todo lo que honra la virtud, todo lo que mancilla el crimen, lo

que castiga los tiranos, ó canta la gloria, la patria ó la libertad, todo eso es folleto.

¿Acaso no ha esculpido Tácito el folleto histórico, cuando con varóniles toques reproducia á Tiberio, Calígula, Claudio y Neron? ¿Arquíloco, Horacio, Persio, Juvenal, Boileau, Swift, Gilbert, no armaron de un verso sangriento el folleto satírico? ¿Por ventura Bossuet, Bourdaloue y Massillon, no fueron modelos del folleto sagrado cuando, desde lo alto del púlpito, fulminaron contra los magníficos adulterios de Luis XIV? ¿No era folletista el mismo Fénelon, en su Telémaco, cuando nos pintaba los terrores nocturnos del tirano de Tiro? ¿No era acaso folletista el mismo Racine, cuando abogaba por los proletarios oprimidos, y motivaba á decir á Luis XIV: «¿De qué se ocupa ese poeta? » ¿No era igualmente folletista el mismo Sócrates, cuando bebia la cicutapor haber denigrado á los dioses?

Si bien se considera, Demóstenes y Ciceron fueron mas bien folletistas que oradores. Las Olintianas, las Verrinas, las Catilinarias, escritas y divulgadas en el imperio griego y romano, han pasado ruidosas á la posteridad, mientras que desaparecieron las numerosas arengas de tantos oradores que agitaron el estrecho recinto del Agora ó del Foro. Mirabeau no fue menos elocuente en su folleto contra la nobleza de Provenza que en los bancos de la Asamblea nacional. Aristófanes, Luciano, Teofrasto, Abelardo, Molière, Voltaire, Beaumarchais, Sieyes, Franklin, La Bruyère, esos admirables folletistas de la religion, filosofía ó literatura, hicieron mas en provecho de la humanidad que tantos parafrasadores de tribuna.

Por mi parte, lo confieso, nunca me he visto mas á mis anchas, mas cómodo que en el folleto.

Y no obstante cien veces ha habido quien me haya dicho: «¿Escribe Vm. folletos en interés de un partido? No. ¿De un corrillo? No. ¿De un pretendiente? No. ¿Tiene Vm. acaso un resentimiento oculto? No. ¿Solicita Vm. un gran empleo? No. ¿Tal vez dinero? No. ¿Honores? No. ¿Ser par de Francia? No. ¡Qué! ¿No quiere Vm. nada? Nada. Pues sepa Vm. en este caso que si se mantiene Vm. así porfiado en decir la verdad á todo el mundo se malquistará Vm. con todo el mundo empezando por la corte. ¿Qué me importa? Y el Parlamento? ¿Qué se me da.? Y con la Academia ¿Qué quiere Vm. que le diga? Y con la Prensa. Se me da un pito. Tendrá Vm. mil envidiosos. Me es indiferente. Sus mismos amigos romperán

con Vm. Lo siento mucho. Dirán que tiene Vm. mal estilo. Que lo digan. Que carece Vm. de lógica. Pueden tener razon. Censurarán sus obras. Que las censuren. Sus servicios. Enhorabuena. Su persona. Allá se las hayan. Sus intenciones. Buen provecho les haga. Su reputacion. Como gusten. Y quedará Vm. solo, aislado. Lo siento mucho. — Pero no, poco á poco, hay engaño. No, no quedaré solo mientras que de mi lado tenga los hombres de bien, mientras que estos continuen comprendiendo, como yo comprendo, el folleto que continuaré escribiendo como lo escribo.

El libelo en prosa se dirige á los enemigos personales de la persona difamada; la sátira en verso no cunde sino entre los aficionados al chiste y á la literatura; el orador hace solo mella en su auditorio siempre poco numeroso; el periodista político es leido de sus abonados; mas el folletista habla á todo el mundo.

No hay materia que le escape, ni corazon que no lata en ritmo, ni voz que no responda en eco.

Continuemos:

El discurso parlamentario se pronuncia delante de un auditorio compuesto de aristocracia y de plebe. Alli la aristocracia en trage de embajador ó par de Francia, en la persona de marquesas esmeradamente acicaladas, con lente y guantes amarillos, se ostenta vistosa y arrogante en los palcos; mientras que la gente baja que, desde la mañana, arrostra la lluvia y la escarcha, en torno de los vestíbulos del Palacio-Borbon, se introduce, se empuja, se codea, se hacina, se atropella, y se inclina desde la parte mas empinada del edificio, estrechísimo en demasía para contenerla.

El folleto, al contrario, tiene por auditorio todo un pueblo, pueblo inmenso de trabajadores intelectuales, artísticos y manuales.

Adonde no llega el libro, se insinua el periódico, en donde no penetra este, circula el folleto. Este corre y sube al estrado, trepa hasta la guardilla, entra en las cabañas y humeantes chozas. En las tiendas, obradores, guaridas de truhanes, gabinetes alfombrados, hogares, cuarteles, colegios, en toda parte se encuentra. Soldados, ciudadanos, ricos, pobres, jornaleros, amos, criados, sabios, ignorantes, viejos y jóvenes, gentes de toda clase, de estado y opiniones, se lo pasan de mano en mano y lo devoran. En menos de una semana, se le ve hojeado, roto, descosido, sucio, pringoso, manchado, arrollado, efecto de tantas manos que lo manosearon.

Para calarse el almete de folletista, no es necesario ser mayo-

razgo, ni tirar el oro en merendonas y francachelas; ni tener casa propia y bienes raices; ni ser graduado en tal ó tal universidad y haber arrastrado bayetas. No, nada de eso: basta poseer una pluma metálica, algo afilada, una ligera cantidad de dinero para comprar una resma de papel, y algo mas para pagar un pliego de impresion. Y si es tan fácil, ¿ porqué no hormiguean las personas que cultivan un género que conduce sino á la fortuna, á lo menos á la celebridad? No me toca á mí, querido lector, el decirte por qué motivo, y prefiero el que lo adivines, lo que no te será difícil por poco ingenioso que seas.

Muchas veces se ha preguntado : ¿A qué debe atribuirse la universalidad de la lengua francesa? La respuesta es fácil : á su lucidez, pues nada hay que sea mas universal que la luz.

El folleto es esencialmente francés entre los modernos, como entre los Griegos era esencialmente ateniense.

El folleto debe rebosar de colores, ser de una exposicion sencilla, chispeante de verdad, exacto de cálculo, atrevido en su modo de discurrir, variado de tono, si intenta agradar, lo cual por de contado pues es francés.

A cada uno habla su idioma, pues muchas posee! Con el lógico, argumenta; con el matemático, maneja las cifras; con el publicista enseña; con el poeta, canta; con el pueblo, conversa.

Como la nacion francesa es por esencia imaginativa, desea que, sin que la oculten enteramente, se le cobije la verdad bajo el velo de una alegoria; que la osamenta de la argumentacion se cubra de carne, se anime y adquiera color y calor como la poesía.

Como la nacion francesa es dialéctica, quiere, en otras ocasiones, que se le muestre la verdad desnuda, sin adorno, sin compostura de lenguage, sin mas atractivo que el del raciocinio, y se enfada al ver que el argumento es falso, y lo conoce, y lo dice.

Como la nacion francesa posee una inteligencia rápida, acaba las frases antes de oirlas emitir, y va con presteza á la conclusion, hay á menudo que decir las cosas á medias y dejarle el placer de completarlas.

Como la nacion francesa es festiva, viva, impetuosa y ardiente, exige que se vaya por saltos, que se proceda de un modo precipitado, que el escritor se asocie á sus pasiones, que tome parte en su enojo, que ria, que cante himnos á la gloria y á la libertad, que vomite pestes contra los tiranos.

Todos los rasgos característicos del pueblo francés deben notarse en el folleto, diversificados con luz y sombra, con arte y descuido, con razon y arrebato, con gravedad y escarnio, con entusiasmo y despego, con lógica y figuras, con vivos accesos é inopinadas conclusiones, con apóstrofes y resúmenes. Importa pues que el folleto sea, segun el caso lo pida, serio, jocoso, positivo, alegórico, sencillo, figurado, agresivo ó defensivo, y que en todos puntos se acomode á la índole de nuestra nacion que aborrece lo oscuro, lo difuso, lo pesado, las afirmaciones sin pruebas, los excesivos argumentos, las demasiadas explicaciones, la acumulacion de palabras inútiles.

El folletista está siempre al acecho, prestando el oido á lo que se dice, sea en una reunion, ó en el gabinete de los ministros, ó en las salas y corredores de la Cámara; y apenas divisa un abuso, algo que cojea, se abalanza con las alas abiertas, lo arrebata con sus tremendas garras, lo despedaza, y siembra de sus despojos las ciudades y los campos.

Verdadero Protéo, leon, águila, serpiente, cuchilla, llama, torrente, muerde, vuela, se arrastra, taladra, quema, inunda.

Pasa los Alpes, el Rin y los mares; adelanta los tiempos, pregunta á la historia, registra los archivos del ministerio y de la corte, corretea dia y noche, busca su presa con ojos de lince y garras de buitre. Si divisa sanguijuelas chuponas agarradas á los hijares y lomo del pueblo, derrama en ella puñados de sal para que se despeguen. Si algun gran personage se desliza á tientas y callandito hasta el Tesoro, y llena sus faldriqueras, el folleto dirige á él su fanal, llama á la guardia, y lo manda prender. Si los abusos se amontonan y ruedan en torno, si como las arenas movedizas de la Libia, velan el sol y borran la vereda, toma su pala y azadon y la escombra. Nunca sacrifica á Moloc, y solo ofrece algunos granos de puro incienso en las aras de Dios vivo. A nadie manda, á nadie obedece. No lleva una casaca cargada de galonazos, ni recamada con flecos, encajes y cintas; prescinde de cartas y despachos convocatorios, y sabe convocarse á sí mismo. Soldado de la prensa militante, combatir con teson, guerrear sin tomar aliento, tal es su oficio, su deber, su vida.

Dragon, granadero, cazador, artillero, gastador, capitan ó cabo de escuadra, por la derecha, por la izquierda, ¿qué le importa bajo qué regimiento milita, con tal que sea vencedor? Sable, fusil, lanza, todo lo maneja, á todo recurre, con tal que hiera.

Por otra parte sale y entra en el campamento á la hora que gusta, como un voluntario, y él mismo escoge el lugar, el arma, la hora de sus escaramuzas: ora acomete con impávido denuedo en las filas enemigas, ora dispara el cañon de alarma, ora hace su velada de armas al rededor del campo, para ver si hay alguna centinela dormida, ora pica los rezagados con la punta de la bayoneta.

Escribe sobre su rodilla, á la luz del bivaque, con un pedazo de carbon, en hojas sueltas, impregnadas de azufre y salitre, que estallan repentinamente en los escuadrones enemigos sembrando el estrago y espanto.

A veces sale fuera de la fila como mero tirador que combate solo, y no pierde su pólvora y plomo contra los soldados rasos, sino que apunta á los gefes, y todos sus tiros son felices.

Otras veces se acecha en las cercanías del parlamento, y, armándose como Sanson de la quijada de un jumento, derriba sin vida á trescientos Filisteos; ó bien, como el caudillo hebreo, desmorona con sus robustas espaldas las columnas del templo, y sepulta bajo sus escombros los ministros y sus proyectos, aunque sepa perecer con ellos.

Miéntras que el orador se fatiga y se pierde en el laberinto de sus exordios, el folletista parte silbando como una flecha que llega instantánea al blanco.

El folletista puede decir todo lo que dice el orador, pero este no puede enunciar, ni con mucho, lo que aquel escribe. En efecto, al primero no sujetan las circonlocuciones, ni las personas que le rodean, escuchan y juzgan; ni, como al periodista el despotismo de los partidos, las convenciones de los societarios, los caprichos de la opinion y preocupaciones de los abonados; ni, como al publicista, la solemnidad del tono y gravedad de la materia.

No tiene obligacion el folletista, bajo pena de multa, de claustrar su indignacion en un pliego de un tamaño dado, ni repetir continuamente la misma cosa á sus lectores, ni hablar á los espectadores únicamente porque está levantado el telon, su nombre en los anuncios, é indispensable que diga algo, aunque nada se le ocurra.

Cuando le da la gana al folletista, se le pegan las sábanas, ó bien se levanta con el canto del gallo, tomando su vuelo ora de un peñon, ora del llano, y pasando por los senderos trillados. No se acerca á los abusos con el sombrero en la mano, sino los

sacude por la parba y, arrancándoles la máscara que los cubre, les dice: Yo sé quien eres, bien te conozco.

El folleto es la artillería volante de la Prensa, que, al girar en sus ejes de bronce, mete un ruido infernal, estremece el empedrado de la ciudad y hace resonar los valles y montañas.

O bien arrasa el suelo y se desvanece en el humo, ó serpentea en el aire en penachos y gavillas de fuego, iluminando con su fulgor la tierra, el cielo y el agua.

O bien el pueblo le aparta con un puntapié, ó le comunica al tocarle su estatura de gigante, su voz de trueno y la fuerza misteriosa de su poder y universalidad.

Los publicistas y oradores soplan en sus flautillas para meter al rededor de si todo el ruido que pueden; pero solo en la mano del publicista pone la fama su trompa, permitiéndole que suene la inmensa voz del pueblo por sus trescientas mil embocaduras.

El folletista tiene à veces la ventaja de ser el hombre mas conocido de la corte, aunque nunca la haya visto, y de conocerla mejor que nadie, aunque nunca haya puesto los pies en ella. La corte lo aborrece hasta el punto de llamarlo un picaro, pero lo estima lo bastante para no intentar corromperlo. En efecto el folletista tiene en sí razones de honradez para no aceptar el oro; razones de independencia para no querer ser criado; razones de lógica para ir al ataque de los sofismas; razones de verdad para no venderla ó cobijarla cuando su deber es cantarla clara. Y sin embargo hay que contar con el folletista como con una potencia, cuando se avanza sostenido en los brazos de cien periódicos, ebrio de su fuerza y aun mas de la de aquellos ¿ No existe medio alguno de conjurar esas tempestades desconocidas que soplan estrepitosas y derriban los torreoncillos del despotismo? ¿ A qué recurso es preciso echar mano, ya que no es posible domesticar esos terribles folletistas, para romper entre sus dedos su pluma de hierro? Matarlos es lo mas fácil, pero gobernar la nacion en su interés seria, en nuestro concepto, lo mas conveniente.

Si el folletista consigue no acabar con una mala ley sino con un mal ministerio, el que sale le vuelve la espalda, lo que nada tiene de extraño, y el ministro que llega ni aun se digna darle las gracias, imaginándose que para lograr el puesto que ocupa, le ha bastado el presentarse con la cartera bajo el brazo y decir su nombre al portero.

Si el folletista está al alcance de todos es que habla como todos.

Si traduce en cifras sus raciocinios, es porque se dirige á gentes que piden cifras por pruebas.

Si insiste tanto en la demostracion basada sobre las cifras, es porque hay quien sabe agruparlas con maña y demostrar que dos y dos hacen cinco.

Si tiene colorido, es porque el pueblo apetece las figuras, y que lo que comprende el filósofo por la argumentacion, el pueblo lo comprende por la imágen.

Si es corto, es porque tal es el único medio de decirlo todo á personas que no tienen tiempo de oirlo todo.

Si es vivaracho é ingenioso, es porque el Francés es el pueblo mas provisto de agudeza y penetracion de todos los pueblos, y porque en Francia todo el mundo tiene talento, salvo los tontos, los cuales no existen.

Si es atrevido es porque le es necesario coger el abuso por los cabezones, darle tirones, sacudirlo y estrujarlo hasta que vomite.

Por último si nada le queda que decir despues que ha dicho, es porque diria mal si no lo dijese todo.

El discurso viste admirablemente la verdad, y la corona de flores y diamantes; mas el folleto la muestra desnuda á la vista.

El primero reza entre dientes ó declama con pompa á la orilla de un pozo en que se anega la verdad; el segundo baja al pozo y la saca.

El discurso obra en los diputados, el folleto en la opinion que rehace en la tribuna. Cada uno tiene su accion igualmente decisiva, el uno directa y el otro indirecta.

El folletista y el orador son dos amigos caprichudos y regañones, émulos y celosos entre sí, algo pendencieros, pero que no pueden prescindir uno de otro. El golpe que acabaria con uno acabaria tambien con el otro: tan inseparables é indivisibles son la Tribuna y la Prensa ambos órganos necesarios de un gobierno libre.

Las abejas de la tribuna fabrican su miel con el jugo que de las flores sacan las abejas de la Prensa.

Tribuna y Prensa, rivales eternas, inseparables hermanas, ambas nacidas, á consecuencia de un parto doloroso, de las entrañas de la Revolucion: ambas hijas gemelas de la misma madre, rayos del mismo haz de luz, ramos del mismo tronco, cañones del mismo órgano, cuerdas de la misma lira, flechas de la misma aljaba, acentos de la misma voz, suspiros del alma popular.

Resumamos:

Para durar mas de un dia, para repetirse de eco en eco, es necesario que el folleto guste á todos, y sin embargo que no se asemeje á nadie; que derive de la grandeza de las cosas, por la sencillez de la expresion; que sea incisivo sin ser injurioso, familiar sin trivialidad, original sin extravagancia, natural á la vez y lleno de arte, fácil y trabajado, escrito para la Academia y leido por el pueblo.

Pero al mismo tiempo importa que no charle continuamente y no repita siempre las mismas notas á esos frívolos Atenienses que se imaginaban oir todas las noches arrullar á Filomela bajo los sauces del Iliso, ó ver á cada momento del dia al ave ostentosa de Juno desplegar su plumage de esmeralda, oro y zafiro.

Tampoco debe, despues de los combates de la Prensa y Tribuna, hincharse de viento el folletista y atribuirse todo el honor de la victoria, pues no debe olvidar que es el reflector de la opinion, órgano de sus sentimientos, lápiz en su mano, bocina que envia su voz, y nada mas; lo que es suficientemente honorifico. Pero todo hombre que escribe, todo hombre que habla, se eleva, por un amor ilimitado de sí mismo, sobre el nivel de los demás hombres, y el orgullo del pensar excede de mucho al orgullo del poder. Si, creemos, estamos persuadidos que nuestra palabra es una cuchilla, que nuestra pluma es un cetro; nos figuramos que los negocios de la sociedad no podrian seguir su rumbo sin nuestra cooperacion; y, mas ambiciosos que un rey constitucional, tenemos la pretension de reinar á la vez y de gobernar. Veinte y cinco ediciones de una mera carta (1) que, por la lev ordinaria de las reacciones humanas, se olvida con tanta mas facilidad cuanto mas ruido metió en el público, nos embriagan y dan vahidos de cabeza; lo cual muestra que nada excede á la presuncion de un folletista, salvo tal vez la del orador.

Pero este siembra en buena tierra, en terreno bien abonado, en el campo del presupuesto.

El folletista se desgarra y ensangrienta los dedos en los abrojos del camino, y tal es á menudo toda su cosecha.

El discurso conduce á los honores, á la fortuna, á la Academia, á las embajadas, á las magistraduras pingües, al ministerio.

⁽¹⁾ Por ejemplo las Cartas de Timon sobre la lista civil.

El folleto, acarrea el desprecio de los hábiles disertadores, la ojeriza y emponzoñado rencor de los cortesanos, una nombradía turbulenta y disputada, los tribunales y la cárcel, las zancadillas que la saña inspira, tal vez el hospital, las reacciones caprichosas de la popularidad, mas repentinas, inesperadas y variables que las vueltas de una veleta, mas agitadas que las olas del mar cuando lo ensoberbece la tormenta.

Marcha siempre, folletista, si tal es tu destino, que hay algo que es superior á todas las recompensas y sacrificios, y es el decir la verdad.

Pero basta de didáctica, y no hubiera seguramente insistido tanto en esta materia, si el folleto no fuese, entre los diversos géneros de elocuencia política, un género por excelencia francés, un género completamente nuevo.

Agotemos este asunto, ya que en él nos hallamos, y agregando los ejemplos á la teoría, bosquejemos rápidamente los retratos de nuestros mas famosos folletistas, de aquellos cuya influencia fue mayor en la vida pública de la nacion.

Van á desfilar á nuestra vista los representantes de la opinion en las diferentes clases de la sociedad: tales como el abate Sieyes en la oposicion de la clase media; B. Constant en la constitucional; Pablo-Luis Courier en la ante-cortesana; A. Carrel en la republicana; Chateaubriand en la realista; Cobbett en la radical; Enrique Fonfrède en la orleanista, y el abate La Mennais en la social.

Empezaremos por el folletista de la clase media, el abate Sieyes.

EL ABATE SIEYES.

Cuando debe incesantemente estallar una revolucion inmensa, cada uno dice lo que nadie hasta entonces osó decir, aunque todo el mundo lo hubiese pensado. En tal situacion, el hecho mismo de proponer la cuestion es resolverla.

En estos términos la propuso Sieyes : ¿ Qué es la clase media? Todo.

Inútil era el resto del folleto, pues establecida de este modo, resuelta quedaba la cuestion.

El abate Sieves fue el promotor liberal del gobierno de la clase

media, ¿Hasta qué punto puede conciliarse con el principio de la soberanía del pueblo este sistema que reinó bajo la misma Convencion, absorbió el Imperio en el poder de un solo individuo, que la Restauracion no intentó modificar sin peligro; el cual enfin la Revolucion de Julio ha plenamente establecido en los negocios? Tal es lo que ni Sieyes ni otro alguno han dicho todavía, hallando mas cómodo el negar el principio que el concederlo con sus consecuencias. La clase media no era aun el pueblo, y la Revolucion hizo avanzar de un paso la palabra de Sieyes.

No brillaba este por el giro feliz y la elegancia del estilo, ni por la sublimidad de los pensamientos, ni por la vehemencia oratoria, ni por el vigor de la argumentacion. Pero teórico absoluto, dialéctico consumado, á la manera de los abates independientes de aquel entonces, unia á la finura algo aguda de la escolástica, el atrevimiento de los filósofos; viendo las cosas bajo un punto de vista abstracto y sin acepcion de personas, los intereses positivos, precedentes é instituciones, y siguiendo con obstinacion un principio que pretendia aislar como un minero experto sigue con la zapa la veta de una mina. Así nada dejaba que decir en las materias que trataba, tan completamente las agotaba. Al mismo tiempo, y como de paso, sembraba ciertos axiomas que en el dia han llegado á ser vulgares; pero desconocidos á la sazon y que casi atemorizaban por lo inaudito. Poseia sobre todo el arte, de coordinar un plan, dar armazon á una constitucion, y agrupar todas sus partes con simetría y magestad. Era además una especie de pensador muy apto, por la fecundidad, la ciencia y la profundidad de su método, á resumir los hechos generales de una situacion, las exigencias dominantes de la opinion, las deducciones completas de un principio, y por consiguiente á formular un evangelio político, una ley orgánica, una carta, una declaracion de derechos. Así el fogoso Mirabeau, deseoso de fundar un nuevo gobierno, interpelaba á Sieyes y se quejaba de su silencio como de una calamidad pública.

Pero Sieyes, aunque uno de los mayores ingenios de la asamblea constituyente gustaba poco de las luchas de tribuna. Replegado en sí mismo y en sus meditaciones, perseguía, en medio del ruido de la multitud, la organizacion solitaria de sus utopias.

A la verdad, cuando tuvo que derribar el antiguo régimen, no le faltó decision y precision, sostenido que estaba é impelido por la ola irresistible de la opinion. Pero cuando se trató de volver á